

LEYENDA DE SANTA BRÍGIDA

2º-3º

En Irlanda, Santa Brígida también es llamada "*Santa Brígida con el Santo Manto*" porque siempre será recordada por la gente de las montañas, ya que llegó a Belén para ver al niño Jesús recién nacido.

Todavía era una niña cuando llegó a la isla de Iona. El cómo llegó hasta allí es una historia extraña.

Su padre era Doughall Donn, un príncipe irlandés; había sido desterrado de la Isla Esmeralda porque se le acusaba de un crimen, aunque había jurado no haberlo cometido. Tomó a su hija y salió de la isla por la noche en un pequeño bote. El viento y el viento los llevaron en dirección a Alba. Pero cuando aún estaban lejos de ella, se vieron atrapados en una tormenta y su bote fue golpeado contra las rocas. El sacerdote más anciano de Iona, Cathal, estaba mirando en ese momento hacia el mar desde la montaña más alta, donde acababa de encender los fuegos de los sacrificios, y vio el cuerpo de un hombre arrastrado por la tormenta tendido en la playa. Se apresuró a bajar las escaleras y encontró a una niña pequeña junto al hombre, jugando con conchas y presionando sus pequeños dedos rosados contra la arena mojada. Cathal los llevó a a la cabaña del pastor y le ordenó que cuidara bien de los dos naufragos.

Durante la noche el sacerdote tuvo un extraño sueño. Soñó que los ángeles del cielo custodiaban a la niña mientras dormía, y cuando preguntó por qué lo hacían, le respondieron:

"Porque llegará un día en que esta doncella acunará al niño Jesús y lo cuidará mientras duerme".

Cuando despertó, Cathal fue a la cabaña del pastor y vigiló a la niña dormida. Doughall Donn fue bienvenido en Iona por el bien de su hija, y los sacerdotes le dieron una choza y se aseguraron de que a él y a la niña no les faltara nada.

Era pleno verano y era el día en el que Brígida cumplía veintiún años. Al amanecer salió de la choza de su padre y subió a la colina. Había más gente en ella, pero sólo ella escuchó el canto de los sacerdotes para el dios sol, y sólo ella vio el resplandor de los fuegos de los sacrificios. Estaba vestida de blanco, tenía una corona de ramas de grosella de color blanco grisáceo sobre el cabello y un cinturón de ramas de grosella alrededor de su cintura; parecía una flor al alba.

Mientras subía la colina, los animales se acercaban a ella para ser acariciados, y los pájaros volaban sobre su cabeza y se posaban en sus hombros. Escuchó el canto y se quedó hasta que las llamas del fuego se fundieron con los rayos del sol. Entonces un pájaro blanco la llamó, y ella lo siguió hasta el bosque, luego por el monte y llegó a la otra orilla y vio otra tierra.

Ya no había campos verdes ni pastos con ovejas, y no había mar detrás de ellos. Era una tierra extraña, con arena y un sol abrasador, y los árboles y las casas le fueron muy extrañas. Se encontró junto a un pozo con una jarra en la mano, e incluso su padre estaba de pie a su lado.

-Brígida - dijo-, qué niña tan extraña eres. ¿No sabes que el pozo ha estado seco durante quince días, ... y ¿tú crees que puedes llenarlo ahora?

Ella sonrió.

- "Eso no lo sabía".

Su padre la llevó a la ciudad que estaba allá abajo, a la ciudad de Belén.

-"Brígida - volvió a decir-, la sequía dura muchos meses. A los pozos no les queda ni una gota de agua. No hay vino y los animales mueren bajo nuestras manos. Te dejaré en la posada esta noche, llevaré conmigo los camellos y las bolsas de agua, y traeré agua. Hay un pozo, dicen, en un lugar que llaman el Monte de los Olivos, que nunca se seca: probablemente están a tres días de ida y vuelta".

-¿Y qué haré cuando mientras tanto? —preguntó Brigid.

Ahora estaban de pie ante la puerta de la posada que Doughall abrió.

-Quédate aquí, hija mía, y mantén la puerta cerrada con llave hasta que yo vuelva. No permitas a ningún mortal cruzar el umbral mientras yo no esté. No abras la puerta a nadie, ni a hombre, ni a mujer, ni a niño, ¡recuérdalo!"

-"Pero padre, ¿qué se supone que debo hacer si alguien necesita ayuda, ... si está muriendo de hambre o enfermo de sed?"

Pero el padre la llevó a una despensa y señaló las baldas casi vacías.

-"Aquí hay un cántaro de agua, un puñado de dátiles y unos panes planos de harina, eso es todo lo que hay en la casa. Es suficiente para ti hasta que regrese, y si lo das a los demás, tú misma tendrás hambre y sed. Por favor, recuerda lo que me vas a prometer: no debo dejar entrar a nadie mientras mi padre no esté.

Brígida salió con su padre mientras éste preparaba a los camellos; luego echó el cerrojo a la puerta, y durante dos días nadie puso un pie en el umbral. Pero la noche antes del tercer día, cuando Brígida estaba a punto de acostarse, llamaron a la puerta.

-"¿Quién está ahí y qué quiere?" —exclamó—.

-"¡Dios bendiga esta casa!" La voz de un hombre se oyó desde la oscuridad.

-"Soy José, carpintero de Arimatea; y María, mi esposa, está agotada y no puede caminar más. ¿Puede usted ofrecernos un techo por esta noche?"

-“¡No, no puedo hacer eso! Prometí a mi padre no dar refugio ni comida a nadie hasta que él regresara. Si no hubiera sido así, ya les hubiera dejado entrar”.

Entonces una voz sonó en la oscuridad, una voz que la hizo temblar y su corazón latió más rápido ... de alegría.

-“¿Me has olvidado, Brígida?” —dijo la voz—.

Brígida abrió la ventanilla de la puerta y miró hacia fuera. Vio a un hombre alto, de hombros anchos; a su lado vio a un pequeño burro gris, y sobre él se sentaba una mujer, la cual volvió la cabeza hacia Brígida y le sonrió. Y el milagro de la sonrisa llevó a Brígida hasta el cerrojo. Abrió la puerta de par en par e invitó a los dos a entrar. Luego les dio el último agua, los últimos dátiles, los últimos panes planos de harina, y los observó comer y beber en silencio. Después los condujo al patio trasero y les dijo:

-“Aquí está el establo, y adentro hay paja fresca, los animales son pacíficos.

He roto mi promesa a medias: les he dado de comer y de beber, pero el techo que les ofrezco está fuera de la posada.

Los condujo al establo y los dejó acomodarse; luego se apresuró a regresar a la puerta para cerrarla de nuevo. Y mientras lo hacía, escuchó ruido afuera. Entonces vio que su padre había vuelto con los camellos. La niña notó que había una gran alegría en su voz al darle la bienvenida, pero también tristeza por haber roto su promesa.

-Ya ves, padre -dijo ella, mientras dejaba entrar a su padre-, sólo les he dado de comer y de beber, ... sólo de comer y de beber. Duermen en el establo”.

Pero cuando quiso lavar los tazones usados por los huéspedes, comprobó que estaban llenos de dátiles y de panes. Y el cántaro volvió a estar lleno de agua.

-Es ... ¡un milagro!” -exclamó Brígida sin aliento-. Y mientras ella hablaba, ocurrió otro: afuera se escuchaba el sonido de la lluvia que caía, y no suavemente como en la garúa pasajera, sino que se oía un tictac, tictac, tictac regulares, como en los chaparrones de temporada.

-“La sequía ha terminado”. —dijo Doughall, añadiendo con sorpresa en su voz:

-“¿Qué tipo de personas son? ¿Recuerdas la profecía:?

“El Rey del Amor, gobernante del mundo, nacerá en la primera noche de lluvia después de un largo período de sequía; nacerá en un establo fuera de la posada”.

-“¡Vamos, vamos a echar un vistazo!”.

El hombre arrastró a Brígida a través del patio y cuando entraron en el establo, vieron a María acostada sobre la paja, y a su lado a un niño recién nacido.

-“¡Oh, el niño!” —susurró Brígida, y se arrodilló hablando a la madre en voz baja:

-“Creo que debería dormir un poco, señora María. Yo cuidaré del niño mientras usted duerme”.

Y extendió sus brazos hacia el niño, a quien envolvió en el manto blanco que llevaba.

Toda la noche Brígida acunó al niño, María durmió y los animales vigilaron.

Y cuando llegó el día, Brígida cerró los ojos y se durmió, porque estaba muy cansada. A la llamada del pájaro blanco, se despertó. Con un grito de miedo se levantó de un salto y buscó al niño, pero éste ya no estaba. Miró a su alrededor, y se dio cuenta que estaba levantada al pie de la colina, y alrededor estaban rodeados de verdes campos y pastos llenos de ovejas. A sus pies, cerca de allí, vio la choza del padre y la bahía azul de lona.

-“¡Todo fue un sueño!”, dijo sorprendida.

Y entonces se percató del manto que llevaba puesto. Se tejían hilos de oro formando figuras de pájaros, animales y ángeles. Con él alrededor de los hombros, Brígida caminó hacia su casa muy lentamente. Cuando llegó a la choza de su padre, comprobó que estaba derruida, y luego oyó que había estado así, destrozada, durante un año y seis meses.

Vicente García S.

1. San - ta Brí - gi - da en un sue - ño vio - se a - cu - rru - can - do a un ni - ño y u - na
fue la pó - sa - de - ra en la no - che ver - da - de - ra, a - lo -
pi - de a - que - lla ma - dre que des - can - se, pues es tar - de y to -

tar - de a - sí o - cu - rrió des - pués, es - tan - do en Be - lén. 2. E - lla
jan - do a - sí a Ma - ría, Jo - sé y al Ni - ño a - llí tam - bién. 3. Y le
man - do al Ni - ño en bra - zos va y lo duer - me can - tan - do.

<https://ideaswaldorf.com/santa-brigida/>

Aportación de IdeasWaldorf